

Graciela Montes

Cuatro calles y un problema

Ilustraciones de Flor Rodríguez Actis

loqueleg



Había una vez un chico más bien chico que tenía un problema muy grande.

El chico se llamaba Panchito.

El problema no se llamaba Panchito ni de ninguna otra manera.

Los problemas, en general, no tienen nombre.



Panchito tenía un problema porque le faltaban todavía cuatro calles y se le estaba haciendo muy tarde.

“Cuatro calles no son tantas calles”, pensó Panchito mientras caminaba de a ratos y, de a ratos, corría.

Pero en cuatro calles pueden suceder muchas cosas.





Cuando estaba a punto de llegar a la primera calle, Panchito tuvo la ocurrencia de mirar hacia arriba, y vio una nube, una nube de nada, una nube poca cosa, blanca, redonda y tan solitaria en el cielo.





—Una nube es una nube y nada más —dijo Panchito sin detenerse ni un momento.

Pero no todas las nubes son iguales, y esta empezó a crecer y a crecer.

No creció poco, sino mucho.

Creció inmensamente, creció hasta tapar el sol y todo el cielo.



De blanca que era, se puso gris y después negra, hasta
echar relámpagos por todos los rincones.

Empezó a llover. Llovió a chorros, a cántaros, a mares.



La ciudad de Panchito se inundó. Por las esquinas
corrían ríos caudalosos y caían cataratas de todos los
balcones.

Panchito no tuvo más remedio que ponerse a nadar.
Y nadó y nadó.

Nadó tanto que llegó al Uruguay.



